

# TANGO *del* MUDO

Luis Benitez



# TANGO DEL MUDO

Luis Benitez

 eBookargentino

 Pluma y Papel

*Buenos Aires 2012*

Benítez, Luis

Tango del mudo / Luis Benítez ; dirigido por Jose Marcelo Caballero ; con prólogo de Ana Turón. - 1a ed. - Buenos Aires : Pluma y Papel, 2012.

E-Book.

ISBN 978-987-648-080-2

1. Narrativa Argentina. I. Caballero, Jose Marcelo, dir. II. Turón, Ana, prolog.

CDD A863

Tango del mudo

© 2012 Luis Benitez

© 2012 de esta edición eBook Argentino  
Alberdi 872, C1424BYV, C.A.B.A., Argentina  
info@ebookargentino.com  
www.ebookargentino.com

Director Editorial: José Marcelo Caballero  
Coordinadora de edición: Marcela Serrano

Ilustraciones de cubierta: HM

ISBN:978-987-648-080-2

Primera edición eBook:Marzo 2012

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Any unauthorized transfer of license, use, sharing, reproduction or distribution of these materials by any means, electronic, mechanical, or otherwise is prohibited. No portion of these materials may be reproduced in any manner whatsoever, without the express written consent of the publishers.

Published under the Copyright Laws 11.723 Of The Republica Argentina.

Hecho en Argentina – Made in Argentina



1ra. edición uruguaya: Ediciones de la Plaza, Montevideo, 1997.

2da. edición, 1ra. argentina: Ediciones Piel de Leopardo, Buenos Aires, 2003.

3ra. edición, 2da. argentina: Pluma y Papel Ediciones, Buenos Aires, 2012.

Esta obra ha recibido las siguientes distinciones:

Primer Premio Internacional de Ficción (Montevideo, 1996)

Jurado:

Enrique Estrázulas, Alicia Migdal, Tomás de Mattos

Tercer Premio "Eduardo Mallea"

(Municipalidad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1998)

Primer Premio Letras de Oro (Buenos Aires, 2003)

Jurado:

Alicia Dujovne Ortiz, María Fasce, Paulina Vinderman, Liliana Díaz Mindurry, Laura Massolo, Joaquín Giannuzzi, María Rosa Lojo, Tulio Stella y Diana Blumenfeld.



## SOBRE EL AUTOR

El poeta, narrador, ensayista y dramaturgo Luis Benítez nació en Buenos Aires el 10 de noviembre de 1956. Es miembro de la Academia Iberoamericana de Poesía, Capítulo de New York, (EE.UU.) con sede en la Columbia University, de la World Poetry Society (EE.UU.); de World Poets (Grecia) y del Advisory Board de Poetry Press (La India). Ha recibido el título de Compagnon de la Poésie de la Association La Porte des Poètes, con sede en la Université de La Sorbonne, París, Francia. Miembro de la Sociedad de Escritoras y Escritores de la República Argentina. Ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales por su obra literaria, entre ellos el Primer Premio Internacional de Poesía La Porte des Poètes (París, 1991); la Mención de Honor del Concurso Municipal de Literatura (Poesía, Buenos Aires, 1991); el Segundo Premio Bienal de la Poesía Argentina (Buenos Aires, 1992); el Primer Premio Joven Literatura (Poesía) de la Fundación Amalia Lacroze de Fortabat (Buenos Aires, 1996); el Primer Premio del Concurso Internacional de Ficción (Montevideo, 1996); el Primo Premio Tuscolorum Di Poesia (Sicilia, Italia, 1996); el Tercer Premio Eduardo Mallea de Narrativa (Buenos Aires, período 1995–1997); el Primer Premio de Novela Letras de Oro (Buenos Aires, 2003); el Accesit 10éme. Concours International de Poésie (París, 2003) y el Primer Premio Internacional para Obra Publicada “Macedonio Palomino” (México, 2008). Sus 32 libros de poesía, ensayo, narrativa y teatro han sido publicados en Argentina, Chile, España, Estados Unidos, México, Venezuela y Uruguay y obras suyas fueron traducidas al inglés, francés, alemán, italiano, flamenco, griego y macedonio. En 2010 la editorial española publicatuslibros.com editó en e–book, en 3 tomos, sus “Poemas Completos (1980–2006)”, con ensayo introductorio del Prof. Luis González Platón, de la Universidad de Madrid.

## PRÓLOGO

“Tango del Mudo” es una aventura literaria; es pícaro, audaz y profunda.

En un continuo juego de tiempos que se desdoblán, se superponen, finalizan y recomienzan; pasamos de 1997 a 1913 ó 1955, en vaivenes de insuperable creatividad, ingenio y profesionalismo.

Rodeado de simbologías encubiertas –y no tanto– un hombre maduro enfrenta la desocupación, la incertidumbre económica, el fracaso de pareja. Un periodista frustrado y sin perspectivas, para quien no hay lugar en la sociedad, debe resignarse a la monótona tarea de sereno en un asilo de ancianos.

Es de noche en la vida de Severiano Cárdenas y es también de noche – sugestivamente Navidad– cuando descubre una puerta, una luz, un camino y otra vida. Tal vez la verdadera.

Nada hay librado al azar. Ni la callecita laberíntica por la que muchos partieron y nadie volvió, ni el ovillo de lana que va desenrollando por consejo de Adriana.

Estas magistrales fantasías nos conducen al Buenos Aires de comienzos de siglo XX.

Por descuido, Cárdenas lleva en su bolsillo un viejo librito de tango que relee y compara con su presente. Ahora él es parte de la historia que había conocido en su vida “anterior” –tan pasada como futura– transgrediendo siempre la temporalidad en todas sus formas y creando un clima que atrapa a los lectores, cómplices omniscientes de un autor que se funde y confunde con el protagonista.

Traba amistad con Contursi, Alippi, Casaux y otras figuras fundacionales de nuestra cultura popular que ignoran que han de ser parte de la mitología porteña. Sabe que conocerá al Mudo, a quien verá con careta de toro en una noche de Carnaval.

Sentimos su adrenalina –que, insisto, es la de Benítez– en cada momento;

disfruta a pleno de una charla con Enrique Santos Discépolo y se atreve a mostrarle la letra de un tango que había escrito “antes”, en 1997.

Cárdenas se ha convertido en consejero de Gardel, forma parte de su entorno más íntimo, lo acompaña en sus giras y le anticipa el porvenir. Benítez conoce muy bien la psicología de sus personajes, las costumbres de la época y los ámbitos como para relatar cada circunstancia y reproducir los diálogos con admirable justeza y equilibrio.

Por su autonomía argumental, podríamos extraer esta etapa de la novela y disfrutarla en forma independiente sin perjuicio alguno.

Pero, como fue dicho, nada hay librado al azar. Atrás –es decir, en el futuro– quedó un geriátrico, un laberinto, Adriana y un ovillo de lana.

El ser sobrenatural alimentado por su pueblo va a morir.

Y Cárdenas lo sabe.

Años más tarde, mientras escribe sus vivencias, descubrirá que su tango fue grabado por Gardel.

Acaso toda la novela sea un pretexto para que Luis Benítez pudiera cumplir este sueño.

**Ana Turón**  
**Abril de 2012**



## CAPÍTULO 1

El 4 de enero de 1997 Pascual Contursi sacudió tres veces el mate ya cargado y, mirándome con satisfacción, virtió la proporción justa de agua y se tomó el primero.

Desde el amplio ventanal de su piecita podíamos ver aquella esquina para la que alguna vez había escrito unos versos que desechó después. En los meses que llevábamos de amistad nunca me los había leído, pero sí se había referido a ellos con el desdén que sentía por cuanto no lograba concretar.

–Me da bronca, che– me dijo, extendiéndome el mate.

–¿Qué?– respondí rechazándole el ofrecimiento, como siempre.

Reparó en el café que él mismo me había preparado como si viera por primera vez una taza y se tomó el segundo después de soltar un largo suspiro de los suyos.

–Lo de los giles éstos, que no la vieron ni por asomo– respondió.

Yo sabía la que se venía. Iba a contarme de vuelta cómo sus compañeros de fábrica habían sido persuadidos por el delegado socialista, cómo en la asamblea general –todo había sucedido unos dos años antes, pero para Contursi el paso del tiempo no existía– su propuesta solitaria de lanzar la huelga general por tiempo indeterminado había sido recibida con silbidos primero e insultos después, bajo la mirada socarrona de su rival. El tipo siempre le hacía lo mismo: lo dejaba hablar y con eso bastaba para ponerle a todo el mundo en contra. Contursi era el único que había seguido ácrata, cuando todos se habían pasado al socialismo. Las abundantes citas que hacía de Bakunin y Kropotkin no contribuían a ganarle las voluntades de los desertores. Menos todavía la furia que lo invadía a medida que se escuchaba y percibía que los demás iban, paulatinamente, dejando de hacerlo.

Entonces, y era más fuerte que él, terminaba injuriando a la audiencia y,



en varias ocasiones, los socialistas se habían tenido que poner en el medio para que no le rompieran la cara sus mismos compañeros. Paternales, llenos de compasión por aquel a quienes ellos llamaban –nunca en su presencia, por supuesto– el “loco Contursi”. Contursi, un hombre que comía solo, de pie, a un costado de los demás, cuando tenía qué comer.

Contursi no se enojaba por grados: explotaba como una garrafa.

Por eso no moví un párpado cuando, ya decididamente engranado, clavó el mate sobre las hojas de “La Prensa” que habitualmente le servían de mantel en aquella única habitación y derramó la mitad del contenido sobre el diario: “Ahora viene lo de Betinotti”, pensé.

Y vino lo de Betinotti, como parte de un libreto que su mente se obstinaba en repetir. “El Tano”, como le decía Contursi, había sido el único que no había votado en contra de su moción de huelga, pero lo habían internado al día siguiente en el Muñiz, tras unas escupidas de sangre y otro desmayo. En el hospital, cuando recuperó el conocimiento, lo único que preguntó fue si el “Loco” había logrado imponer su propuesta. Le mintieron que sí.

Contursi, ya furioso del todo, daba vueltas por la pieza perdido en su monólogo.

Cada tanto se paraba delante del reloj de pared, lo único que había heredado de su padre y que daba clavadas las once de la noche cuando lo miré. En sus ataques de furia, Pascual increpaba al mecanismo que, en su imaginación, vaya a saber uno quién venía a personificar entonces, si uno de los delegados socialistas o uno de los desertores, como él llamaba a los demás.

Aproveché para volver a mí mismo, Contursi iba a seguir solo hasta, por lo menos, la una de la madrugada.

A las cuatro teníamos que tomar al vapor de la carrera que nos llevaría hasta Colonia, donde teníamos que actuar ese mismo día, conque había tiempo y, además, ya habíamos decidido no dormir aquella noche.

Los montoncitos de yerba húmeda habían tapado las noticias de la semana anterior, las amenazas de un avance alemán sobre algún punto de las fronteras, la crónica de las apresuradas evacuaciones, las contradictorias especulaciones sobre una inminente declaración de guerra y el prudentísimo

comentario del periodista local sobre lo que todos ya empezábamos a llamar “la Guerra Europea”.

De soslayo, miré de nuevo a Contursi, por las dudas. Mi amigo seguía increpando al reloj. Todo estaba bien. Podía recordar yo sin problemas mis propios libretos, no menos increíbles que los de él. Lo sabía: en las próximas dos horas no iba a prestarme la más mínima atención.

Había comenzado a llover y el ruido del chaparrón, pese a los gritos de Contursi que lo tapaban de tanto en tanto, era agradable.

Sin embargo mi cabeza, como la de Pascual, ya estaba en otra parte. En un día de sol de invierno, cuando le firmé al cartero el telegrama de despido que venía presintiendo desde que los avisadores, de a uno en fondo, habían comenzado a irse de la revista. Que me iban a rajar lo sabía, pero no esperaba que fuera tan pronto.

Recuerdo que subí hasta mi departamento pensando ya en el juicio inútil, en las veces que iba a tener que ir a Tribunales, en las palabras de aliento que iba a intentar darme mi abogado, aquel atorrante que en la escuela primaria se copiaba de mí y que terminó siendo el único de nosotros que se recibió de algo.

Hice un bollo con el papel ese y lo tiré al tachito de la basura. Iba a ser estúpido de mi parte iniciar el juicio, no iba a poder embargar nada, pues todo en aquella pretenciosa oficina era alquilado y, encima, yo no tenía un solo recibo de sueldo.

Me la habían hecho de vuelta, como siempre.

Con el paso de las semanas comprendí que nada iba a lograr tomándome la poca ginebra que me quedaba, ya desde la mañana, y que al ir a hacer la única comida del día en lo de mi tía su marido me miraba mal y se callaba. Cuando ayudaba a mi tía a levantar la mesa el tipo también se callaba, pero yo sabía que conocía cuánto me daba ella en la intimidad de la cocina, mientras lavaba los platos, metiendo sus manos arrugadas en el delantal y buscando el monedero.

Seguramente el tipo se callaba sólo cuando estaba yo. Una vez hizo una referencia lateral a uno de sus compañeros de oficina y manifestó que un

hombre que a los cuarenta años no tiene hecha una carrera y un pasar ya no levanta más la cabeza y dejé de ir.

Esa tarde puse sobre la mesa de mi comedor todo lo que me quedaba y pensé que había aguantado bastante con tan poco. Casi un mes. No me quedaba para tanto, consideré, y me serví un vaso grande de ginebra, en el chop que usaba sólo cuando se imponía meditar sobre importantes decisiones. Pero la cabeza se me fue hacia Leonor. Traté de volver a lo que estaba pensando antes pero volvió su cara, volvieron sus manos, volvió la única noche que habíamos tenido, a escasos veinte días de haber comenzado yo a trabajar con ella en la revista. Retornaron sus palabras de despedida, dichas en el bar de la vuelta, sintéticas, exactas, irrefutables como todo rechazo de mujer y me vacié el chop y me serví otro y me lo mandé en dos tragos y después me acordé de que me había metido los cuernos en los meses subsiguientes con media oficina –me obstinaba diciéndome que me había metido los cuernos y obviando que antes había tenido la atención de mandarme al carajo con aquellas sus palabras exactas e irrefutables– y me serví más ginebra. Quizá ella seguiría trabajando allí, pensé, aunque prefería imaginar que la habían despedido como a mí y que al quedarse en la calle me había destinado algún recuerdo, aunque ni se molestó en saludarme cuando me echaron a la calle. El teléfono me lo habían cortado hacía ya dos semanas, pero había tenido tiempo y no había tenido ganas, me dije, y fui por el cuarto chop, y por los pocos otros recuerdos que de ella podía guardar, a la cocina.

No sé si puse la radio o si sólo fue la ginebra, pero la cara estúpida y segura de sí misma de Leonor diciendo aquellas precisas palabras ocupó toda mi mente y me largué a llorar como un idiota. No compré ese día el “Clarín” para ver qué había en los avisos clasificados, no me saqué definitivamente a Leonor de la cabeza ni tomé ninguna otra decisión. Tampoco lo hice al día siguiente y cuando encontré el sobre que me había pasado mi tía por debajo de la puerta, dos días después, seguía igual.

Las facturas de la luz, del gas y de Obras Sanitarias las usé un tiempo como posavasos, para no marcar la mesa del comedor y después las tiré a la mierda, mientras que las latitas de paté de foie, vacías, las fui guardando quién sabe para qué.

Cómo se me ocurrió escribirle una carta, una carta de amor a Leonor, no lo recuerdo, aunque puedo acordarme de lo que metí en el sobre con total exactitud:

*Buenos Aires, 13 de octubre de 1996*

*Leonor querida: Ya ves, te escribo una carta de amor. Y no me da vergüenza, porque sé que vos vas a entender lo que te digo. Todo este tiempo que pasó, como una pesadilla, fue un infierno para mí. Verte y que no me hablaras, verte y que ni siquiera me miraras, no fue algo que me hiciera amarte más de lo que ya te amo, porque creo que no puedo ir más allá. Sí, lo que hizo fue mostrarme que el horror de no tenerte podía ser mayor. Y no quiero volver a pasar por eso, porque sé que no lo voy a poder resistir mucho más. No puedo estar sin vos; aunque no seas mi pareja, aunque no me quieras, por favor hablame, dirijime la palabra, porque yo me muero si vos no estás en mi vida, aunque de una manera tan mínima como la que antes, cuando me dejaste, me propusiste: ser nada más que compañeros de trabajo. Vos no sos para mí eso. Sabés muy bien que para mí sos el amor de mi vida, que yo estoy loco por vos y que lo único que quiero es que, alguna vez, me dejés quererte como yo te quiero.*

*Pienso todo el día en vos, no hago más que tenerte en mi mente y ver tu cara, tu linda carita que me persigue y donde se resume todo mi ser. Nada me importa que pensés en otro, yo igual te amo. Hacé lo que vos quieras, de todas maneras no vas a poder evitar que mi corazón sea todo tuyo y que yo me muera por vos. Amor mío, no sé de dónde saco tanta confianza para decirte esto, cuando sé que no me querés y que no te importa nada que yo esté loco por vos. Sé que el cretino que lleva esta carta ignora lo que lleva; sé que el cartero tiene en su bolso, como esta, muchas otras cartas de amor, escritas por otros hombres para otras mujeres, pero también sé que ninguno está tan enfermo de amor como yo. Y es por vos. No sé qué tenés que me volvió loco desde el primer día que te vi, esa tarde en que te*

*conocí, antes de empezar a trabajar en la revista. Cuando te diste vuelta y me miraste, allí mismo me di cuenta de que nunca más iba a poder sacarte de mi corazón. Cuando nos presentó Giménez y después me fui, con la condición de empezar a trabajar al otro día, sentí que estaba ansioso por dos cosas: porque te iba a volver a ver y porque, después de pasarla muy fulera tras mi regreso a Buenos Aires, tenía un nuevo laburo más cerca de lo que a mí me gusta hacer. Pero en ese orden. Y lo demás ya bien lo conocés: además, como vos con toda crueldad bien me lo dijiste, cuando te hablo de amor vos te aburrís, porque repito las mismas palabras.*

*Pero, aunque te molestes, aunque te aburras, son siempre las mismas: que te amo, te extraño, que no puedo estar sin vos. Que ya no sé como hacer para que, al menos, me des un espacio de lo más mínimo en tu corazón, cuando en realidad lo quiero todo. ¡Cómo quisiera que vos me amaras! Cómo sería de feliz si vos estuvieras conmigo. Apenas me puedo imaginar cómo sería si fueras mi pareja, mi mujer. Porque yo lo que quiero es vivir con vos, comprenderte y tenerte y que vos me comprendas y me tengas – aunque ya me tenés y soy todo tuyo, vos sabés cuál es la diferencia– y hacer que todo lo que fue dolor en tu vida y en mi vida, se transforme en otra cosa: en aquel ideal que vos y yo soñamos con otras personas y que ahora sólo yo sueño con vos. Porque no te estoy diciendo que lo que quiero con vos es salir solamente, ni estar un rato. Yo a vos te quiero para toda la vida. Para entenderte y quererte como vos te lo merecés; que no hace falta que te diga que sos una gran mina, la más linda y la más dulce mujer que yo conocí –aunque conmigo seas tan, tan cruel, precisamente porque sabés que te quiero tanto. No me dejés, porque todo lo que yo soy no vale nada si vos no me querés. No me importa que me hayas abandonado; no me importa que continuamente me digás, con palabras y con actitudes, que yo no soy nada en tu vida. Amor de mi vida, vos sabés la valentía que hay que tener para decirle esto, para entregarse tanto, a otra persona. Por tu sensibilidad, por todo eso maravilloso que sos, por lo que más quieras, dejame quererte y no me niegues tu corazón, que vos y yo nos merecemos el uno al otro. Por favor, quereme como yo te quiero o dame aunque sea una esperanza, porque yo me estoy muriendo por vos y vos no te das cuenta o no te animás a que te quieran tanto y a que vaya en serio. Porque entendí que tratar de olvidarte*

*es imposible: probé con otras mujeres, con Marcela, con Graciela, con Gabriela (que sigue intentando que yo esté con ella, buscando cualquier excusa para hablarme) pero es imposible. Perdoname, pero muchas veces, con otras, deseé no quererte tanto, no estar pensando en vos cuando estoy con otra. Pero no puedo. Sencillamente, me quedo mirándolas y pienso en lo feliz que yo sería si en vez de ésta, fueras vos quien estuviera enfrente mío, conmigo. Incluso fui al mismo hotel donde estuvimos juntos y me puse a llorar con otra, porque ella no eras vos. Y estoy tan desesperado que ya no sé qué hacer, porque vos no me querés y yo no quiero a otra que no seas vos. Por favor, no te molestés por todo esto que te declaro, amor mío, porque lo último que quiero es que vos estés mal. Quiero que seas feliz, pero que lo seas conmigo. No quiero molestarte, no quiero que me sientas como a un pesado que te fatiga reiterándote que te amo, que te amo y que te amo. Pero por favor, entendeme, yo no puedo estar sin vos y ya no sé cómo hacer para bancarme todo lo que me pusiste en el corazón. Te amo, te amo, te amo, te lo repito sin esperanza y con todas las esperanzas del mundo. Una historia de amor, de todas las que fueron, tiene que terminar bien. Y quiero que sea esta. La tuya y la mía. Te quiero y te querré siempre. Quereme vos también.*

*Te adora, Severiano.*

Cuando mucho después de escribirla o mucho antes, se la recité a Pascual Contursi, la carta le mereció un juicio tan generoso que comprendí que por entonces ya éramos amigos.

Esa semana Leonor no contestó mi carta. Tampoco lo hizo lo siguiente.

Sí recibí una carta de mi tía, con pocas faltas de ortografía. Parecía que se la habían dictado, porque ella no era capaz de hablar así. Pobre vieja, lo que le habría costado escribirla. Y como el paté de foie y la ginebra se estaban terminando, rompí su carta en tres partes y me serví los últimos cinco chops bebiéndolos con cautela. Tenían que durar hasta la seis de la mañana. A esa hora el vecino de abajo recibía el "Clarín".

Se lo robé tres días seguidos. Fui dos veces a buscar trabajo como

vendedor, pensando que Felisberto Hernández había sido corredor de medias en alguna oportunidad. Nunca recibí respuesta. Algunos días después decidí convertirme en repositor de un supermercado. Me rebotaron por la edad. No es prudente tener cuarenta años y ningún empleo. El vecino de abajo, que además de lector del matutino era el administrador del edificio, me saludó mirando a otra parte, mientras subía las escaleras peinándose una inexistente cabellera. Cuando llegué a casa encontré el detalle de los gastos del edificio, que alojé prolijamente debajo de un chop cuyo contenido rebajé con agua para acrecentarle la duración.

Esa noche le volví a robar el "Clarín".

La fila de tipos doblaba la esquina. Aquella semana, mientras llenaba formularios y volvía una y otra vez a formar la fila que cada vez exhibía menos caras conocidas pero que era igual de larga, llovió dos veces y yo era casi el único que tenía paraguas. Donde comenzaba la fila, tapando la entrada, un gordo de uniforme azul –que terminó haciéndose el simpático con nosotros– repetía una y otra vez que los que no fueran argentinos nativos no tenían ninguna chance. Había dos hermanos paraguayos que, sin embargo, seguían cada día esperando por las dudas. Cuando los rechazaron me tocó el turno a mí.

Esperé todavía cuatro horas más, en una sala repleta, a que nos llamaran para la revisión médica. Y después, las huellas digitales. Finalmente un tipo con cara de rata, que también escribía a máquina con dos dedos, cebaba mate y atendía el teléfono, nos separó en grupos de diez y nos introdujo en los secretos del trabajo como personal de seguridad. Mi grupo lo componíamos ocho hombres y dos mujeres de unos treinta años, que se habían sentado siempre juntas. Una de ellas, cuando el cara de rata sacó un revólver con ademán de suficiencia e hizo girar el tambor vacío, diciendo dramáticamente "Esto es un arma y espero que no tengan que usarla nunca...", tomó su cartera gastada y se retiró. La otra primero dudó en seguirla, pero siguió allí. El cara de rata ni miró a la desertora. Todo parecía entrar en sus cálculos.

–Vamos por partes, dijo el descuartizador– se hizo el gracioso Cara de Rata– el que quiera irse lo puede hacer ahora o en cualquier otro momento, antes de que les asignemos sus destinos.

Ninguno de nosotros se movió.

Con satisfacción o algo parecido, Cara de Rata siguió con su discurso; un petiso que estaba detrás suyo lo interrumpió enseguida para manifestar que sabía artes marciales. Alguno se rió. No supe con qué expresión Cara de Rata lo miró al petiso karateca, porque cuando se volvió hacia los que estábamos delante lucía la misma y siguió explicando el correcto manejo de un 32 largo, cuándo y cómo había que emplearlo, en qué condiciones debíamos mantener el uniforme marrón que él mismo vestía y cuánto nos iba a descontar la empresa si perdíamos alguna de las prendas. Un tipo más joven que yo preguntó si era obligatorio usar la gorra con visera y logotipo, imitación de las policiales, y Cara de Rata le contestó que sí. El petiso marcial preguntó por el sueldo y Cara de Rata le respondió que de ese detalle y de otros se iba a ocupar no sé quién cuando él terminara. Me fijé en que entonces, mientras hablaba, miraba seguido su reloj pulsera. Luego agregó dos o tres párrafos sobre el honor que representaría para nosotros llevar el uniforme y las insignias de una de las empresas más antiguas y prestigiosas del rubro vigilancia y dio por concluida su tarea, indicándonos que debíamos pasar al siguiente salón.

Detrás nuestro entró otro grupo de diez tipos y Cara de Rata volvió a sacar su revólver descargado. Como fui el último en salir, escuché cómo empleaba con ellos exactamente las mismas palabras que había usado con nosotros.

En el siguiente salón llenamos nuevos formularios y se los entregamos a una mujer de unos cincuenta años que, con expresión de furia contenida, nos iba tomando el talle de chaqueta y pantalón, y preguntando maquinalmente cuánto calzábamos.

Una chica de uniforme, a su lado, anotaba todo en una planilla y una tercera le alcanzaba a la cincuentona camisas amarillas, pantalones y camperas marrones y zapatos oscuros de los estantes que se extendían por toda la habitación. Las prendas lucían gastadas y algunas estaban remendadas. Uno se quejó y lo hicieron salir. No volvió a entrar y nadie preguntó nada más. Firmamos recibos por todo lo que nos llevábamos y luego, siempre en fila, pasamos de a uno por una oficinita donde un tipo, con aires de suficiente y vestido de civil, me miró por encima de los anteojos.

–El cabello muy largo, che– dijo tocándose la nuca.



–No hay problema. Me lo corto antes de ir a trabajar– me oí decir.

–Bien. Muy bien– aprobó el tipo y aceptó un mate que le extendía una chica de uniforme que ni siquiera me miró– pero acá decimos ir a “tomar servicio”– sonrió paternal – no se preocupe, ya se va a acostumbrar a hablar como nosotros. ¿Dónde vive, che?–

Le dije.

–Entonces le conviene, digo, por lo cerca, el Hogar de Ancianos “Bernardo de Monteagudo”. Buen ambiente –no me dejó contestarle y prosiguió– pocos líos, lo tiene cerca... ¿Qué turno eligió, mañana, tarde o noche?–

Le dije.

–Ahhh, le gusta dormir... bueno, de 14 a 22 y empieza mañana. Váyase media hora antes –anotó mi nombre en una lista y lo tildó– véalo a Valentini, el jefe de turno, de mi parte. Listo, ya tiene trabajo. Quiere saber cuánto va a ganar, seguro.

Le dije.

Cuando me informó la cifra creo que no expresé nada, ni con palabras ni con gestos.

–Sabemos que es poco, pero se habla de un aumento desde hace seis meses y, además, piense que no va a hacer mucho más que pasear. Los viejitos, ya le digo, no traen problemas ¿vivo? y además, che, tome en cuenta que le van a dar de morfar. Se ahorra el morfi... Bueno, qué hago ¿lo borro o lo dejo? Ya lo anoté y necesito uno en el Hogar...

Le dije.

–¡Macanudo!– me extendió una mano pequeña y blanda y se dirigió a la chica inexpresiva de los mates, mientras me sacudía apenas la mía– Chichi, hacé pasar al que sigue. Chau, Cárdenas Severiano...

Cuando iba a salir volvió a llamarme de esa manera, pero sin sonreír.

–Cárdenas Severiano, el cabello, acuérdesese. Y estése media hora antes. No se olvide– Mientras recordaba cómo había salido de aquel lugar, con la ropa que me habían dado doblada dentro de una bolsa de residuos, volví a mirar

a Contursi. Se había callado y, sentado frente al ventanal –seguía lloviendo– había desenfundado una de las guitarras y comenzaba a rasguear un cielito. Pero lo dejó con gesto de disgusto y atacó los primeros compases de una milonga campera, con aquel gesto abstraído que tan bien le conocía.

Adiviné que el motivo de su ensimismamiento no estaba en Buenos Aires ni en Colonia, sino en Montevideo, donde teníamos también contratada una presentación, a cumplir luego de pasar por Colonia. Pascual había insinuado algo cierta vez, pero, como no se explayó más, yo tampoco le pregunté.

El café estaba frío, conque fui a calentarme más en la cocinita a querosén donde también preparábamos las dos comidas del día. Cuando yo no venía a hacerle compañía, Pascual Contursi camina veinte cuadras hasta la Calle de la Victoria, donde un menú económico y un ambiente de trabajadores, ladrones y gigolós de poca monta le estimulaban la imaginación y las ganas de comer. Otras veces, se olvidaba de arrimar algo a su estómago y seguía hasta el día siguiente a mate y galleta. Un estómago de hierro y la falta absoluta de noción del tiempo que le había invadido desde aquel día, ya lejano, en que había dejado para siempre la tejeduría Bernasconi para dedicarse de lleno a la guitarra y los versos, le permitían mantenerse con ese régimen incluso –yo lo comprobé al hacernos más amigos– durante tres días seguidos. Tampoco le importaba mucho dormir o no hacerlo por igual período.

–Che, Cárdenas– me dijo, dejando de lado la guitarra.

–Sí, viejo– le respondí.

–Che, Cárdenas, fíjese si quedó algo potable en el aparador, ya que está parado– Fui hasta el mueble y abrí la puertita de arriba a la izquierda, que Contursi llamaba “el arsenal”. Detrás de un paquete de yerba había un porrón de Llave, de barro, que saqué y sacudí cauteloso.

–¿Medio lleno?– preguntó.

–Así, así–

–¿Da para charlar un rato?–

–Como hasta las tres y pico–

–Salimos a las tres y media y vamos caminando hasta el puerto. Va a

parar– vaticinó– traiga para acá.

Tomé dos vasos y acercándome a la mesa, donde él ya estaba acodado, serví generoso.

Contursi miró su ginebra como calculando palabras y luego, sin decir nada, se puso el contenido del vaso entre pecho y espalda de un solo trago. Le gustaba hacer todo así, de un solo trago.

–Para ser anarquista, no le hace demasiado asco al dios espirituoso– dije, saboreando lo que tenía en la mano.

–Eso se lo dejamos a los socialistas– bostezó – nosotros entendemos un poco más de cosas espirituales–

Si venía con tantas fintas, siendo de costumbre tan directo, la cosa venía cargada, pensé.

–Largue–

–¿Largar, qué?– repuso.

–Si piensa seguir así hasta que haya que embarcar, me voy nadando y lo espero en Colonia–

–No rompa, Cárdenas. Siempre está jodiendo– simuló enojarse– y póngame más que la compré yo–

–¿No era que no creía en la propiedad privada y todo eso? ¿Ahí?–

–¡Qué ahí ni ahí! No ahorre... bueno, ya es bastante– También se la mandó de un solo trago.

–Hace dos noches estuve en el Petit, con ese cajetilla de Marconi

–Ajá– dije, simulando ver llover.

–Charlamos de todo un poco, como siempre, y me contó del Tano

–¿Cómo anda Betinotti?– Marconi le consiguió algo...– musitó mirando para abajo y dando golpecitos rítmicos con las uñas en el vaso vacío.

Me quedé callado. Con Pascual, a veces, quedarse callado era la mejor decisión.

–Le consiguió un número en el circo de Frank Brown, después de la ecuyére y antes de los trapevistas... son variedades ¿sabe? Está bien visto... El circo llegó al baldío de Liniers hace dos meses y se llena de gente casi todos los días. Ese yankee sí que sabe hacer lo suyo –

¿Y desde cuándo a usted le importa que algo esté bien o mal visto por nadie? –

No, pare, hermano, no me interprete mal...

–No lo interpreto mal, creo que lo interpreto correctamente: usted lo quiere bien al Tano y le hace sufrir que tenga que actuar allí, mientras los enanos revolean los bolos...

Repentinamente, Contursi me parecía un desconocido.

–No. No es eso– se recuperó– es que me molestó tanto la cara de benefactor de la humanidad que puso Marconi cuando me contó lo que había hecho, que me levanté y me fui...

–Mal hecho. Tenía que haberse quedado –le dije– después de todo, Marconi será un cajetilla, un engrupido y un atorrante, pero acuérdesse de que fue él quien le consiguió tocar en aquella fiesta por el Maldonado y que así zafó casi un mes...–

–Sí, sí– se fastidió– ya sé que tiene razón. Tiene razón, está bien –repitió, por la cara que le puse– usted sabe que a mí también me importa un carajo dónde hay que rascar la bordona si de ganarse el buyón se trata... Pare, escúcheme ahora que arranqué... Usted sabe que el Tano, después de Gabino Ezeiza, por supuesto, debe ser el mejor payador que pasó por este criollo mundo...

–Después de Gabino, sí, no tengo ninguna duda– admití.

–Bueno... ¿y a usted le parece que hay justicia en este mundo, cuando está pidiendo aplausos en un circo, aunque sea el de Frank Brown?– Dicho esto, Contursi pegó un puñetazo sobre la mesa y llevaba dados varios esa noche. Vivía reprochándole cosas a este mundo. Siempre tenía razón.

–¿No le parece, Pascual, que peor estaba hace seis meses, como usted me dijo, tirado en una cama, sin fuerzas ni para apretar los trastes?– repuse – además, si el tipo quiere presentarse en público, es que tiene intenciones de

volver por sus fueros, a la larga, en otro escenario–

–No, Cárdenas. Usted no entiende nada. Marconi me dijo que él lo fue a ver hace una semana y que la tisis seguía su curso.

–La tisis siempre sigue su curso, Pascual. Ir, no se va sino una vez. Y se lo lleva a uno con ella. El Tano también lo sabe. Déjelo que haga lo que más le gusta hacer, mientras pueda.

–Póngame otra... ahí nomás. La mitad, así. La madre me mandó un recado por Marconi, además. Dice que el Tano quiere verme...

–¿Y usted? Vaciló antes de contestarme, sin tomar su trago.

–Yo pienso ir cuando volvamos del Uruguay. No, al circo no. Voy a ir allá, a la casa.

Al mismo lugar donde, tantas tardes, me asombró improvisando sobre cualquier tema que le propusiera. Lástima que no quiera grabar. Le conté cuántas veces Marconi se ofreció para hacerle de intermediario con alguno de lo que conoce en la RCA.

–¿Betinotti ahí?– dije, señalando el fonógrafo que descansaba al lado de la cama, su único lujo y, por otra parte, regalo de una señora muy amiga –si usted mismo me dijo...

–Sí, pero me parece que está equivocado. Me parece que tendría que arrimarse al fogón... Cuando... bueno, cuando pase lo que tiene que pasar, Betinotti va a quedar acá –se señaló la cabeza y luego el corazón– y también acá, pero su voz y lo que hace con las seis cuerdas se habrán perdido para siempre...

–Como Gabino Ezeiza...– le dije –¿usted se imagina si louviésemos grabado al Negro Ezeiza?

–Sí. como Ezeiza. Lo único, que Ezeiza nació en tiempos mejores para la música criolla. Eso también lo está matando al Tano. Sabe que la payada está condenada a muerte, como él por la tisis. Que se va. La última vez que lo vi, vencido en aquella cama de hospital, volvió a repetir lo de siempre. Escucharlo partía el alma, hermano. Decía que él había nacido entre dos épocas. La que se fue o que se está yendo, con esas milonguitas de la guerra del Paraguay, con

esto...– tomó la guitarra de un zarpazo y soltó unos compases apurados.

–...Usted leyó eso ayer, en El Nacional. Y le digo más, lo firmaba un tal Caraffa– le interrumpí.

Cómo decirle que tenía razón. Cómo decirle que yo sabía lo que iba a pasar, quién iba a ser él y otros más a los que Contursi, en ese momento en que hablábamos, en una madrugada de aquel comienzo de siglo, aún no había conocido.

No me prestó atención y siguió con lo suyo.

–No. Se siente en el aire. Está en las cosas– dijo, y volvió a rascar las cuerdas con esos dedos finos, largos, nerviosos, crispados como su frente y todo él.

–Me va a hacer el verso ese de que ustedes, los poetas, ven el futuro antes de que suceda... ¡Qué mandaparte que son, viejo!– intenté embromarlo.

Mis palabras le causaron tanta gracia como a mí mismo. Me sentí vacío.

–Betinotti lo sabe, Cárdenas. Y eso lo está matando tanto como su enfermedad. De alguna manera, no quiere grabar no sólo porque, como dice, un disco de esos modernos, de pasta, no puede registrar la voz ni el espíritu de la payada criolla, sino también porque él quiere desaparecer con su época–

–Es joven, che, ¿cuánto tiene? Si usted me dijo que apenas...– aventuré, por decir algo. Por decir algo que sonó estúpido.

–Eso no importa. No es su edad, es la edad de su mundo. Esto que nos rodea ya no es su mundo, Cárdenas– Me mordí los labios, como otras veces, para no decirle nada a Contursi. La tentación tenía que ser vencida cada vez, aunque sabía que nadie, ni Contursi, me creería nada si dijera aquello.

–Y...-arriesgué- ¿usted qué cree que va a pasar...?- En ocasiones, sí, me parecía estar hablando con él como con un fantasma, aunque en realidad el fantasma venía a ser yo. Aquella era una de esas ocasiones. Y la ginebra fuerte no ayudaba, entonces. Sentí un calor que, muy probablemente, ningún otro hombre había sentido antes.

Yo no sé qué pasará– murmuró Contursi.

–¿Le gustaría saberlo?– dije, sin pensar.

–No– me contestó, y pasó a otro tipo de rasgueo, que me puso sin quererlo los pelos de punta. No era el mismo de antes, no tenía nada del lloro dulzón que hacíamos en las matinés de los café–bares para entretener a la tertulia. No se asemejaba a las lentitudes melodiosas que íbamos a interpretar a la tarde siguiente. pensé, allá en Colonia y luego en Montevideo.

Era otra cosa aquello que rasgueaba Contursi, mirándome a los ojos.

Cómo iba a hablarle a aquel hombre, el 4 de enero de 1997 o de 1914, según la hoja abierta de La Prensa permitía deducir, de Aníbal Troilo o de Astor Piazzolla.

Cómo iba a hacerlo alguna vez, si me animaba.

enojé. Me enojé mucho. Odio que me interrumpen cuando estoy escribiendo o cuando estoy recordando.

–La puta que los parió– dije.



Este libro se terminó de editar en el mes de agosto de 2012

[www.ebookargentino.com](http://www.ebookargentino.com)

en Facebook